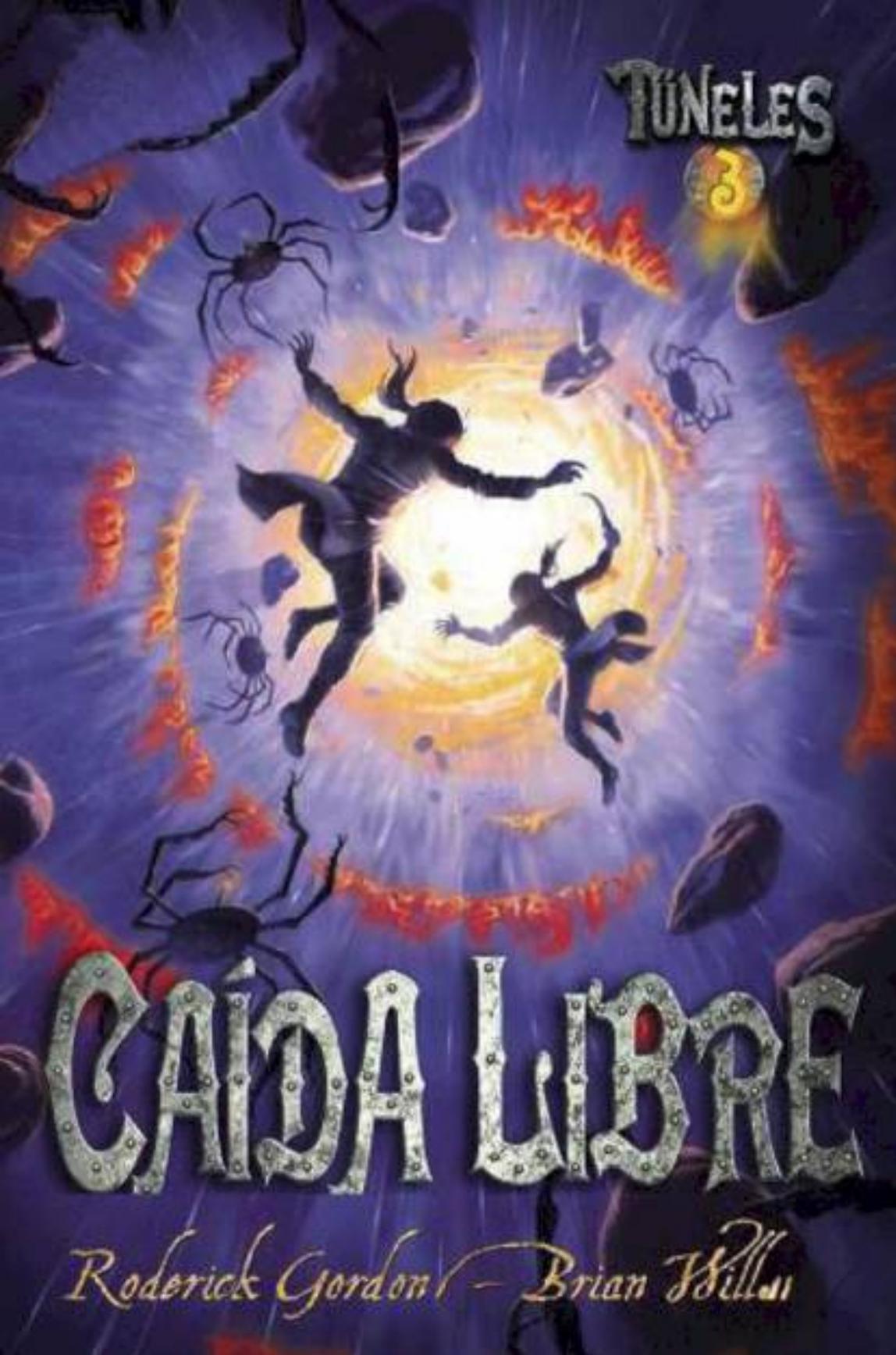


TÚNELES

3



CAÍDA LIBRE

Roderick Gordon - Brian Willis

Cuando, en *Profundidades*, Will Burrows cae a toda velocidad por un insondable abismo, parece que las andanzas de nuestro joven héroe han llegado a su fin. ¡Pero todo lo contrario! Éste es sólo el principio de una nueva y terrorífica aventura donde Will tendrá que enfrentarse a nuevos y viejos enemigos en la búsqueda de su padre. Gigantescas arañas carnívoras, unos mortíferos y espantosos monstruos conocidos como relámpagos y el mayor peligro de todos: dos idénticas gemelas styx que tienen muchas ganas de ajustar algunas cuentas pendientes.

En esta tercera entrega, Will deberá emprender un viaje trepidante y aterrador hacia las profundidades de la tierra que lo llevará al impresionante descubrimiento de una antigua civilización perdida.

Para llegar a lo que no eres,
debes ir por el camino en que no eres.
Y lo único que sabes es lo que no sabes,
y lo único que posees es lo que no posees,
y en donde estás es en donde no estás.

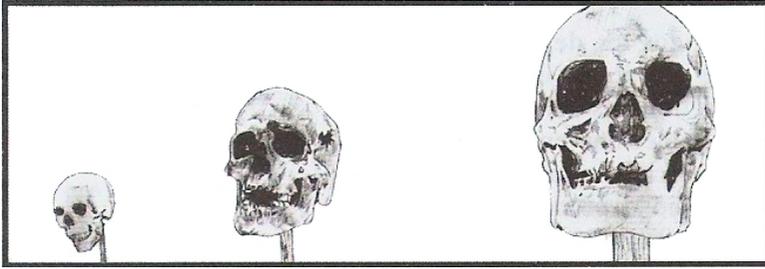
«East Coker», Cuatro cuartetos

T. S. Elliot. Traducción de J. E. Pacheco

Siempre de paso, hasta el siguiente estadio.
¿Hasta dónde? Todo está organizado.
Siempre de paso, pero hay que salir de aquí.
¿Pasamos al siguiente, o nos ponemos a salvo?

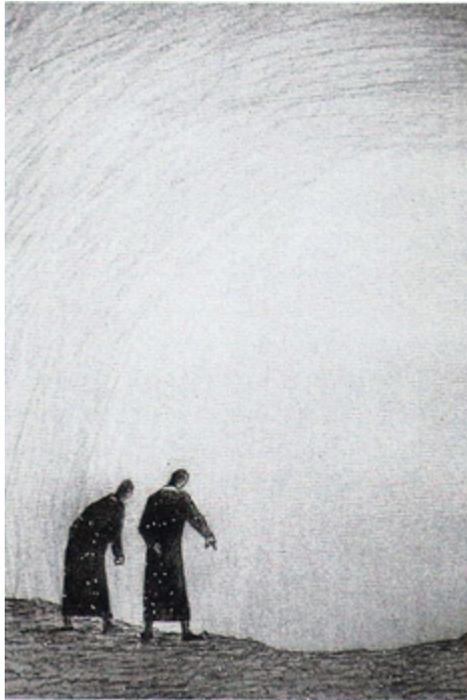
From Safety to Where...?

Joy Division



PRIMERA PARTE

Más acá, más allá



1



—¡Grrrrrrrrrrfff! —gruñó para sí Chester Rawls. Tenía la boca tan seca que le costó un rato poder hablar de verdad—. ¡Ah, mamá, déjame, por favor! —logró decir finalmente con cierto gustillo.

Algo le estaba haciendo cosquillas en el pie, como le hacía su madre cuando no obedecía la alarma del despertador y seguía en la cama. Y sabía que las cosquillas no cesarían hasta que retirara el edredón y empezara los preparativos para ir al colegio.

—Porfa, mamá, sólo cinco minutos más... —rogó con los ojos aún completamente cerrados.

Estaba tan cómodo que lo único que quería era seguir así todo el tiempo que pudiera, disfrutando cada segundo. Lo cierto es que a menudo hacía como que no había oído el despertador porque sabía que al final llegaría su madre a asegurarse de que se había levantado.

Guardaba como un tesoro el recuerdo de aquellos momentos en que abría los ojos y se la encontraba allí, sentada en el extremo de la cama. Adoraba su sonrisa y su alegría, que brillaban como el sol matutino. Y estaba allí cada mañana, sin importar lo temprano que fuera.

—Yo soy persona mañanera —proclamaba ella con alegría—. Sin embargo, el gruñón de tu padre tiene que tomarse varias tazas de café antes de empezar a ser él.

Entonces ponía mala cara, echaba los hombros hacia delante y gruñía como un oso herido. Chester la imitaba, y ambos se echaban a reír.

El chico estaba sonriendo, pero entonces apareció el implacable sentido del olfato, y la sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Qué es eso, mamá? ¡Qué asco! —protestó de manera entrecortada, incapaz de explicarse aquel hedor.

La imagen de su madre desapareció como si se encontrara en un televisor que alguien acababa de apagar.

De pronto, se puso nervioso y abrió los ojos.

Estaba oscuro.

—¿Qué...? —murmuró. Lo rodeaba una oscuridad impenetrable, pero entonces percibió algo con el rabillo del ojo: un débil resplandor.

«¿Por qué está tan oscuro?», se preguntó. Aunque no podía ver absolutamente nada que confirmara que se hallaba en su cuarto, su mente hacía todo lo que podía por vencerle de que así era. «Esa luz, ¿viene de la ventana? ¿Y ese olor...? ¿Es algo que ha hervido y se ha derramado, abajo en la cocina? ¿Qué sucede?»

Era un hedor intenso. Olía a azufre, y por debajo del azufre había algo más..., el olor ácido y punzante de la podredumbre. Esa combinación le llenó las fosas nasales y le produjo náuseas. Intentó levantar la cabeza para mirar a su alrededor, pero no pudo: algo se la sujetaba, así como los brazos y las piernas; era como si estuviera atado. Lo primero que pensó fue que se había quedado parálítico. No gritó, pero resopló rápidamente varias veces, tratando de sobreponerse al pánico. Se dio cuenta de que no había perdido la sensibilidad, ni siquiera en las extremidades, así que no era probable que estuviera parálítico. Le animó también comprobar que podía mover los dedos de las manos y de

los pies, aunque sólo un poco. Era más bien como si estuviera metido dentro de algo firme y rígido.

Las cosquillas del tobillo volvieron a aparecer, como si se encontrara allí su madre, y en su mente resurgió, temblorosa, la tenue imagen fantasmal.

—¿Mamá? —preguntó de manera vacilante.

Cesaron las cosquillas y oyó un sonido bajo y lastimero que no parecía totalmente humano.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? —preguntó desafiando a la oscuridad.

Entonces oyó algo que era, sin lugar a dudas, un maullido.

—¿*Bartleby*? —gritó—. ¿Eres tú, *Bartleby*?

Al pronunciar el nombre del gato, los sucesos del Poro afloraron a su mente con vívida rapidez. Ahogó un grito al recordar cómo él, Will, Cal y Elliott habían sido acorralados por los limitadores contra un enorme agujero que se abría a su espalda.

—¡Dios mío! —susurró. Habían hecho frente a una muerte casi segura a manos de los soldados styx. Era como una escena de pesadilla que se niega a desaparecer incluso después del despertar. Y le parecía todo tan reciente como si hubiera tenido lugar tan sólo unos minutos antes.

Entonces se le presentaron otros recuerdos.

—¡Dios! —murmuró al recordar el instante en que Rebecca, la chica styx que se había introducido en la familia de Will les reveló que había tenido todo el tiempo una gemela auténtica. Recordó cómo se habían burlado sin piedad de Will las dos gemelas, y el placer con que habían descubierto sus planes para causar estragos entre los Seres de la Superficie utilizando un virus mortal: el *Dominion*. Recordó a las gemelas tratando de convencer a Will de que se entregara, y después al hermano de Will, Cal, saliendo al descubierto y gritando de modo lastimero que quería marcharse a casa.

Entonces recordó la lluvia de balas que habían abatido al muchacho: Cal había muerto.

Chester sintió un escalofrío, pero hizo un esfuerzo por recordar lo que había sucedido a continuación. La imagen de su amigo Will reapareció: él y Chester se tendían la mano mientras Elliott gritaba, y todos estaban unidos por una cuerda. En aquel instante Chester fue consciente de que aún había esperanza, pero... ¿por qué? ¿Por qué todavía había esperanza...? No podía recordarlo.

Estaban atrapados en una situación desesperada, sin salida. La mente de Chester se encontraba tan embarullada que le costó varios segundos poner en orden sus pensamientos.

¡Sí, eso era! Elliott iba a intentar bajar con ellos por el interior del Poro... Aún tenían tiempo... escaparían.

Pero todo había ido rematadamente mal. Cerró y apretó los ojos como si la retina le siguiera ardiendo con los abrasadores destellos, y la cegadora blancura de las explosiones cuando recibieron el bombardeo de las potentes armas de fuego de la División styx. Revivió el temblor del terreno a sus pies, y entonces le llegó otro recuerdo: la vaga imagen de Will lanzado por los aires justo por encima de su cabeza y cayendo por el borde del Poro.

Rememoró el terror experimentado en el momento en que Elliott y él habían tratado de resistirse a caer, arrastrados por el peso sumado de los cuerpos de Will y Cal. Pero había sido en vano, porque estaban atados unos a otros, y antes de que se diera cuenta estaban cayendo, los cuatro, por el oscuro vacío del Poro.

Recordó entonces la fuerza del viento, raudo e incesante, que no le permitía respirar... y destellos de luz roja y un calor increíblemente intenso..., pero ahora...

Pero ahora...

Ahora tenía que estar... ¡muerto!

Así pues, ¿qué era aquello? ¿Dónde demonios se encontraba?

El gato volvió a maullar, y Chester sintió en el rostro el cálido aliento del felino.

—Eres tú, *Bartleby*, ¿verdad? —balbuceó.

La cabeza del animal, abombada y enorme, estaba a apenas a unos centímetros de distancia de él. Por supuesto, tenía que ser *Bartleby*. Chester se había olvidado de que el gato también había caído al mismo tiempo que los demás... Y allí estaba ahora.

Entonces notó que una lengua húmeda le raspaba la mejilla.

—¡Fuera! —berreó—. ¡Para!

Bartleby lo lamió aún con más fuerza, evidentemente encantado de obtener alguna reacción del chico.

—¡Apártate de mí, gato tonto! —gritó Chester con creciente aprensión. No era justo que no pudiera hacer nada para detener al animal: la lengua de *Bartleby* era tan áspera como papel de lija, y ser lamido por ella resultaba doloroso. Forcejeó para liberarse. Al mismo tiempo, chilló a pleno pulmón.

Los gritos no detuvieron en absoluto al animal, y a Chester no le quedó otro recurso que bufar y escupir con todas sus fuerzas. Aquello terminó por dar resultado, y *Bartleby* retrocedió.

Entonces todo volvió a quedarse a oscuras y en silencio.

Intentó llamar a Elliott y después a Will, aunque no sabía si alguno de ellos habría sobrevivido a la caída. En el fondo del corazón tenía el espantoso presentimiento de que podía ser el único que hubiera quedado vivo; aparte, claro está, del gato. La posibilidad de haberse quedado él solo con aquel animal enorme y baboso casi le parecía peor que quedarse solo del todo.

Como un balonazo en la cabeza, le sobrevino una idea terrible..., la idea de que hubiera llegado, por una especie de milagro, hasta el mismo fondo del Poro. Recordaba lo que les había dicho Elliott: que el agujero no sólo tenía más de un kilómetro de un lado a otro, sino que era tan profun-

do que nada más un hombre había logrado, según decían, regresar de él. En la medida en que se lo permitía la invisible sustancia en que se hallaba inmerso, Chester tembló de manera incontrolable. Estaba viviendo su peor pesadilla: ¡Estaba enterrado vivo!

Estaba apretujado en una especie de tumba antropomorfa poco profunda, en las entrañas de la tierra. ¿Cómo iba a salir alguna vez del Poro y regresar a la Superficie? Se había hundido incluso muy por debajo de las mismísimas Profundidades, un lugar que ya en sí resultaba bastante espantoso. La posibilidad de volver a casa de sus padres y a su vida anterior, tan agradable y predecible, era cada vez más remota.

—¡Por favor, sólo quiero volver a casa! —balbuceó para sí y, acosado por oleadas alternativas de claustrofobia y terror, se encontró empapado en un sudor frío.

Después, allí tendido, una vocecita procedente del interior de su cabeza le dijo que no cediera a sus terrores. Dejó de balbucear. Lo que tenía que hacer era liberarse de aquello que lo apesaba como cemento de fraguado rápido, y encontrar a los otros. Tal vez necesitaran su ayuda.

Tensando los músculos y retorciéndose, al cabo de diez minutos consiguió liberar en parte la cabeza y lograr cierta capacidad de movimiento en un hombro. Entonces, al contraer los músculos de los brazos, oyó un desagradable sonido de succión, y uno de ellos quedó repentinamente liberado de aquella materia pegajosa y esponjosa.

—¡Sí! —gritó. Aunque el movimiento de su brazo fuera limitado, dedicó un momento a palparse con la mano el rostro y el pecho. Encontró las cintas de la mochila y soltó ambas hebillas, pensando que de esa manera le sería más fácil salir. Entonces se afanó en liberar el resto del cuerpo, gruñendo y haciendo grandes esfuerzos que iban dando pequeños resultados. Se fue acalorando más y más. Era como intentar desprenderse de un molde. Sin embargo, poco a poco, lo fue consiguiendo.

Muchos miles de metros por encima de Chester, el anciano styx se hallaba en pie al borde del Poro, mirando hacia la profundidad, entre el agua que caía a su alrededor en una llovizna constante. A cierta distancia, aullaban jaurías de perros.

Aunque tenía el rostro profundamente arrugado y el cabello teñido de blanco, la edad no había debilitado a aquel hombre. Bajo el largo gabán de cuero que llevaba abotonado hasta el cuello, su cuerpo largo y delgado se hallaba tan tenso como un arco. Reflejando la luz, sus pequeños ojos brillaban como cuentas de azabache muy pulido, y de todo su ser emanaba una impresión de fuerza que parecía invadir y someter la oscuridad circundante.

Hizo un gesto con la mano, y entonces otro hombre se acercó y se quedó a su lado, de forma que los dos permanecieron hombro con hombro ante el borde mismo del abismo. Este segundo hombre guardaba un parecido asombroso con el anciano, aunque tenía el rostro aún libre de arrugas, y el pelo tan negro y peinado hacia atrás tan apretado que se habría podido pensar que llevaba puesto un solideo.

Estos hombres, miembros de una raza secreta llamada styx, estaban investigando un incidente que había ocurrido muy poco antes. Un incidente en que el viejo había perdido a sus nietas gemelas, que se habían precipitado hasta el fondo del abismo.

Aunque sabía que había pocas posibilidades de que ninguna de las muchachas siguiera con vida, el rostro del anciano styx no mostraba asomo de pena ni angustia por su pérdida mientras impartía órdenes en una serie de rugidos entrecortados.

Alrededor del Poro, los limitadores le obedecían en un renovado trajín. Aquellos soldados, un destacamento especializado que se entrenaba en las Profundidades y llevaba a

cabo operaciones clandestinas en la Superficie, iban vestidos con uniformes de trabajo de color pardo (gruesa chaqueta y abultados pantalones) pese a las elevadas temperaturas que eran corrientes en aquella profundidad de la tierra. Con sus rostros enjutos concentrados e imperturbables, algunos de ellos sondeaban las profundidades del Poro utilizando para ello unas miras que aumentaban la luz y que llevaban montadas sobre los rifles, en tanto que otros descolgaban esferas luminosas atadas a un cable para examinar los tramos superiores. Era prácticamente imposible que las gemelas hubieran logrado evitar la caída hacia la muerte, pero el anciano styx tenía que asegurarse.

—¿Han encontrado algo? —bramó en su propia lengua, que era un idioma de sonidos nasales y broncos. Sus palabras resonaron en el Poro y ascendieron por la pendiente que tenía a su espalda, donde el resto de los soldados, con su habitual eficiencia, desmantelaban ya la artillería que había causado tanta destrucción en el lugar en que se encontraba él en aquel momento.

—Es evidente que han muerto —le dijo con tranquilidad el viejo styx a su joven ayudante, y de inmediato volvió a gritar órdenes con toda la potencia de su voz.

—¡Concentrad todos vuestros esfuerzos en hallar las ampollas! —Tenía la esperanza de que una o ambas gemelas hubieran tenido tiempo de quitarse del cuello los pequeños frascos de cristal antes de caer por el precipicio—. ¡Necesitamos esas ampollas!

Su intransigente mirada cayó sobre los limitadores que se arrastraban a su alrededor, peinando cada centímetro del suelo. Observaban minuciosamente bajo cada trocito de piedra y rebuscaban entre la tierra revuelta que aún ardía a causa de los residuos de explosivo de los proyectiles que habían impactado allí. De vez en cuando, esos residuos se inflamaban y del suelo brotaban llamitas que enseguida volvían a apagarse.

Hubo gritos de aviso, y varios limitadores se echaron hacia atrás justo al desplomarse con grave estruendo una franja de tierra a lo largo del borde. Toneladas de roca y tierra que habían quedado sueltas a causa de las explosiones se desprendieron y cayeron al abismo. Aunque habían estado a punto de no contarlos, los soldados se limitaron a levantarse y proseguir con su labor, aparentemente sin que el suceso les perturbara en absoluto.

El anciano styx volvió a contemplar la oscuridad desde lo alto de la pendiente.

—No hay duda de que fue ella —dijo su joven ayudante, que también contemplaba el oscuro abismo—. Fue Sarah Jerome la que se llevó a las gemelas.

—¿Quién si no? —comentó bruscamente el anciano styx, moviendo la cabeza hacia los lados—. Y lo sorprendente es que pudiera hacerlo estando mortalmente herida. —Se volvió hacia su joven ayudante—. Al enfrentarla a sus propios hijos estábamos jugando con fuego y, sencillamente, hemos terminado quemándonos los dedos. Nada resulta sencillo —dijo, pero de inmediato rectificó—. Resultaba, en lo referente a ese chico Burrows.

—Pues daba por hecho que Will también había muerto.

Frunció el ceño y se quedó callado, respirando hondo antes de volver a hablar.

—Pero, dime..., ¿cómo pudo apañárselas por aquí Sarah Jerome? ¿Quién era el responsable de la zona? —Apuntó con el dedo a las pendientes superiores—. Quiero una explicación.

Su joven ayudante agachó la cabeza en señal de que aceptaba la orden, y se fue.

En su lugar apareció inmediatamente otra persona, aunque era tan deforme y encorvada que a primera vista resultaba difícil decir si era realmente un ser humano. De debajo de un manto que estaba rígido de tan sucio, salieron a la luz un par de manos retorcidas y nudosas.

Con movimientos de pájaro, las manos levantaron el manto para mostrar una cabeza horriblemente deformada con protuberancias bulbosas, tan numerosas en algunos lugares que parecían haber crecido unas sobre otras.

Unos lacios mechones de pelo pringoso enmarcaban un rostro en el que aparecían dos ojos completamente blancos. Carentes de iris o pupilas, giraban no obstante como si fueran capaces de ver.

—Mis condolencias por la pérdida de... —dijo casi sin aliento aquel ser, y decidió callarse, sumiéndose en un respetuoso silencio.

—Gracias, Cox —respondió el viejo styx abandonando la lengua de los styx—. Cada hombre es el autor de su propia suerte, y las desgracias ocurren.

Con un repentino movimiento del dorso de la muñeca, Cox barrió el hilo de saliva lechosa que le colgaba de los ennegrecidos labios, y se untó con ella la grisácea piel.

Mantuvo en el aire su brazo flaco y larguirucho, y después, con una sacudida, lo levantó por encima de la cabeza y con un dedo en forma de garra se dio golpecitos en la protuberancia del tamaño de un melón que tenía en la frente.

—Al menos sus chicas acabaron con Will Burrows y esa puerca de Elliott —comentó—. Pero supongo que aún quedará efectuar batidas en el resto de las Profundidades para acabar con los últimos renegados, ¿verdad?

—Hasta el último, con la información que tú nos has dado —dijo el viejo styx antes de dirigirle una mirada que daba a entender que sabía la respuesta de lo que iba a preguntar—. De todas formas, Cox, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió el bulto informe, raudo como un relámpago.

—Me parece que es por algo... Estás preocupado porque hasta ahora Drake se ha librado de nosotros. Y sabes que antes o después irá por ti, para zanjar cuentas.